

soñar o para después de la muerte: «Todavía nos quedan el recurso de los fantasmas y la súplica obscura de soñar», solloza Héroe ante el Divino Demonio que lo derrota, implacable. Y, resignado, entregándose a su destino, exclama: «¡Ahora no importa caminar sin ojos!».—LUIS OYARZÚN.

Re

<https://doi.org/10.29393/At179-11TAGG10011>

LAS TIERRAS ALTAS, de Carlos Préndez Saldías

El romance, el puro y ágil romance de los antiguos tiempos, el romance que fuera vehículo de comentarios trágicos y de andanzas libidinosas, ése en que se ha vertido lo más popular si no lo más alto en lengua española, ha encontrado manadero ancho en los cauces de América. Si el lorquismo lo impuso como una moda literaria, ha sido la guerra civil de España la que le ha dotado de trágica creación. Creación trágica por excelencia, el romance recoge historias hechas leyenda y le otorga perennidad a la historia que vivimos. América toda es materia propicia para el romance. En sus versos se resuelve la discordia íntima del poeta y su época. En romance se expresa la lucha nuestra de cada día, la querencia amorosa, el disconformismo ambiental, la acuciosa quejumbre de los hombres de tierras altas, la blandura gallarda de las regiones costañas, el hambre de infinito, el despeñamiento por esas zonas donde sólo se ve el cielo y una llanura que parece reflejo de él. Y es toda la tradición del romance español—romance sin atuendo ni componendas—la que florece en Carlos Préndez Saldías y en el oncenio de sus libros.

En «Romance de tierras altas» se reconoce y siente el alma montañesa, el alma en que aun sobrevive el ibero y el eúska-ro, esa alma de raíces trágicas que crece en el tronco lozano de los Andes y en el mar sin olas de los altiplanos. Una voz angustiosa, voz de querencia y de rebeldía, de gana altanera y

de celeste ahogo, se disuelve a la vez en perfiles de águila y en insolencias de contrabandistas. Porque en esos ágiles romances—romances de poeta culto que voluntariamente se vuelve popular—el Chile montañés, quemado al frío, el del contrafuerte cordilleral, vive en espíritus errantes, en tragedias de bandoleros, en pasos leves de garridas mozas.

Aquí se oye la voz, voz querendona y con «nata de peces», del hombre que transita el río y se arrepecha en el monte. Esta es la voz de la angustia visceral y poblana. Estos son los vocablos refraneros de la tradición chilena. Y los acompañan voces alegres de muchachas, alzamiento de «puños y mentiras», acentos claros de lejanos valles, acentos que se levantan entre espumas de nieve y mansedumbres retozonas de agua.

Porque al fin, todo converge para que el conocimiento de las atmósferas altas, el realismo chileno, el realismo tan apegado a la sangre, se haga romance, aproximación poética. Carlos Préndez Saldías es el hombre que ausculta las tierras altas, y hace el vacío en sí a todo lo que no sea su resonancia, y se entrega a lo terrígeno en tan completa mansedumbre; que se ha donado completamente. Ya el poeta no es sino el eco de las cosas en él, de las cosas que lo colman tan por completo, que no le queda más disposición que la necesaria para poder expresarlas. Y las expresa con todo lo suyo que es acento de su tierra, porque toda expresión romancesca, si es popular legítima, no precisa ser violentada para verterse. En rigor, el romance de Préndez Saldías se nutre en el recuerdo y crece en la nostalgia. La nostalgia implica una cierta afirmación, una toma y daca existencial y un discurrir afanoso de quien trasunta nostalgias, que así se entrega, así se afina. Puede ser éste el motivo primario de por qué el poeta ha ascendido a su expresión más limpia. Es porque se busca en el querer y porque su queja es apegamiento: un apegamiento al canto, un revelarse en el reverso de lo que acontece. Detrás de la vida cotidiana yace el poeta como en un traspatio hogareño. En ver y expresar lo que ve, está su

capacidad formal y lo sustantivo de su verbo. Pues la poesía en él es aquiescencia y donación: aquiescencia a las cosas y donación del alma.

El conocimiento poético de Préndez Saldías tiene una refrenada, una contenida pasión; adolece quizá de exceso discursivo, que a ratos le aparta, le desvía de la substancia. Pero está ahí, cantarino y claro, recogién dose en sí mismo, con su transparencia casta. Castidad no quiere decir alejamiento de los sentidos: todo lo contrario, puesto que significa conocer y frenar. Préndez Saldías conoce y ama los colores brillantes, pero los somete a presión, y no los usa hasta que no los ha mondado de violencia. Mondo, desnudo, con equilibrio mana su romance. No es una torrentera: es un arroyo que discurre entre plateados álamos, retratando las siluetas y recogiendo los dramas de Emilio Cortés y Segundo Gélvez, de Rosalinda Nevado y de Peta Morales, del juez y del tonto, de Doralisa y Rosalva.

Y estos nombres de mujer, y estas hazañas de bandoleros y contrabandistas, y estas sensualidades sin ceño y estos amores en arrullo, se funden y se arremansan en una voz unánime: en la voz del altiplano andino que es todo él entraña florecida de la tierra espléndida, de la tierra que acuna al deseo y cobija al desamparo. Y esta voz terrígena—voz de sensualidad atemperada—se vierte en la mejor forma en que podía hacerlo, en romance, en antiguo romance, en romance bravío que antaño recogió las correrías del Cid y hogaño hospeda las aventuras de gentes que están más cerca del cielo que del mar.

El romance asonante que es la expresión cabal del páramo ibérico, también es la expresión justa de las tierras altas de Chile. En él, Carlos Préndez Saldías—un poeta vigilante—canta la íntima tragedia de la vida cotidiana. Lo que canta es la verdad poética, la señera verdad, la verdad luminosa, la verdad del hombre pasional que en la querencia se topa el equilibrio.

Sí, es una zona chilena la que se nos da sin hibridez, la que se vierte en una poesía incorporada a la marcha del tiempo. El poeta se ha tonificado en las corrientes de lo popular. No ha caído en la deshumanización, puesto que se ha trasfundido en pueblo. Encontrar la comunidad con la tierra es lo único que conduce a lo positivo. Al encontrarla, Préndez Saldías ha machihembrado lo individual a la comunidad. Es miembro de la naturaleza, y en esta circunstancia, más humano que nunca, porque conservando intacta su intimidad, la ha agrandado con lo que discurre en torno y más allá de él.

Sin entrar en el tono conceptista de García Lorca, ni situarse en el ensimismamiento de Salvador de Madariaga, la voz peregrina de Préndez Saldías nos habla en el meridiano del corazón, y habla en atmósfera nevada, sin geométrica redundancia, buceando en el «valle de la hierba loca», impregnándose en el discurrir de los fuertes leñadores, adquiriendo cada vez más consistencia, hasta convertirse en palpito poblano. Toda poesía halla su fuente en el hondón o rescoldo popular. De ahí ha salido la poesía de este chileno, más limpia y recta, por cuanto es expresión de la propia fidelidad. Préndez Saldías es fiel a su tierra y fiel a su disposición poética. El apegamiento a las alturas terrígenas le condujo a la superación y al encontronazo con el sentido del paisaje. Paisaje y alma en su poesía. Paisaje sentido en la carne y encontrado sin afeites. Alma traspasada de distancias que se ha ido cerniendo en la pasión al rojo vivo. Y ha sido en el acoplamiento de la doble dimensión del paisaje y del alma, en donde ha insurgido el tono poético de unos romances trazados a firmes líneas arquitectónicas, en las que el polvo del asonante y el hallazgo de la imagen se han amalgamado en la altura quemante de la llama, —G. GONZÁLEZ Y CONTRERAS. La Habana, 1940.